

José Álvarez Junco

## «La formación de la identidad española» (I)

Del 20 de noviembre al 11 de diciembre pasados, José Álvarez Junco, catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense, de Madrid, impartió en la Fundación Juan March un «Aula abierta» sobre «La formación de la identidad española». Los temas de las ocho conferencias públicas fueron los siguientes: «Las ciencias sociales ante el fenómeno nacional»; «De Hispania a España. Identidades ibéricas en la Antigüedad y en la Edad Media»; «Renacimiento, protestantismo y monarquías absolutas»; «El reformismo borbónico y la llamada ‘Guerra de la Independencia’»; «El siglo XIX. Nacionalización de la cultura y problemas políticos»; «El 98 ‘Desastre’ y ‘Regeneración’»; «El siglo XX. La Guerra Civil como conflicto entre dos visiones de la nación», y «Último franquismo y transición. Perspectivas actuales». Se ofrece a continuación un extracto auténtico de las cuatro primeras conferencias. El de las restantes se incluirá en el próximo *Boletín Informativo*.

### *Las ciencias sociales ante el fenómeno nacional*

Comenzamos con unas consideraciones generales, de tipo teórico, tanto sobre la definición de los conceptos que vamos a utilizar a lo largo de este curso como sobre las transformaciones experimentadas en las últimas décadas por parte de las ciencias sociales en la comprensión del fenómeno nacional. En el terreno de las definiciones, partimos de la distinción entre *etnia*, concepto cultural, y *nación*, concepto político, pues añade una intención política (la de dotarse de un Estado propio) a la comunidad (sentida por sus miembros, más que demostrable u objetiva) de rasgos lingüísticos, raciales o religiosos.

Especial atención voy a dedicar a los nacionalismos, contruidos en principio a partir de las naciones y especialmente difíciles de definir. Este término engloba, al menos, cinco fenómenos diferentes: 1) una *doctrina política* basada en el *principio de las nacionalidades* o en la *auto-determinación de los pueblos*, es decir, en la idea de que todo poder

político legítimo debe adecuarse a realidades nacionales previas, a cada una de las cuales debe corresponder un Estado; 2) un *sentimiento* individual, un estado de ánimo por el que el individuo reconoce deber su lealtad suprema a la colectividad nacional (actitud que admite muy diversos grados: mero reconocimiento de adscripción a cierta cultura; patriotismo u orgullo de pertenecer a ese grupo y disposición a sacrificar los intereses individuales por los colectivos; patriotería o chauvinismo exaltados...); 3) el nacionalismo como *visión de la realidad humana*, dividida en pueblos o naciones (división que, a su vez, puede ser meramente neutral, sin establecer preferencia entre unas y otras culturas, o puede derivar, como es lo habitual, en la creencia en jerarquías, con pueblos «superiores» dotados del derecho a dominar a los inferiores); 4) el nacionalismo como *política activa*, que guía a los gobernantes hacia la afirmación de los intereses de su Estado por encima de cualquier otra consideración (base habitual de las políticas expansivas o imperiales en el mundo moderno); y 5) el nacionalismo como *mo-*



**José Álvarez Junco** es, desde 1983, catedrático en el departamento de Historia del Pensamiento y los Movimientos Políticos y Sociales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, de la Universidad Complutense de Madrid. Entre 1992 y 2000 ocupó la cátedra Príncipe de Asturias del departamento de Historia de la Universidad de Tufts, Boston, Massachusetts; y dirigió el seminario de Estudios Ibéricos del Centro de Estudios Europeos de la Universidad de Harvard. Entre sus libros más recientes figuran *El «Emperador del Paralelo»*. Alejandro Lerroux y la demagogia populista (1990); *Spanish History since 1808* (co-editado con Adrian Schubert (1999); y *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX* (2001).

---

*vimiento social*, que (según el conocido esquema de Miroslav Hroch) pasa desde una fase elitista a una de masas y desde lo meramente cultural a lo abiertamente político.

En los últimos treinta o cuarenta años ha habido cambios en la visión del fenómeno nacional, tal como recogen una serie de estudios publicados, provenientes de diversas ciencias sociales. El giro hacia esta manera de enfocar el problema se situó en la obra de Elie Kedourie, *El nacionalismo*, de 1960. A partir de ella se ha publicado toda otra serie de trabajos cruciales, como los de

Ernest Gellner, Benedict Anderson, Eric Hobsbawm, Eugen Weber, Miroslav Hroch, Liah Greenfeld, Linda Colley...

Gracias a este conjunto de investigaciones, hoy tendemos a explicar el nacionalismo como un fenómeno artificial, creado por ciertas élites culturales e inspirado por motivos políticos. En vez de considerar el nacionalismo un rasgo constante y esencial en la historia humana, se ve como un fenómeno reciente y, en cierto modo, accidental. Durante milenios, las naciones han sido desconocidas; muy diversos tipos de Estado o estructuras políticas han coexistido con una multiplicidad étnica aceptada como normal. Esta falta de correspondencia entre la organización política y las unidades culturales no constituía problema para quienes vivían en aquella situación. Se aceptaba como natural, por ejemplo, que los dirigentes políticos hablaran idiomas diferentes a los de sus súbditos. Contra lo que creería un nacionalista moderno, estos factores no restaban legitimidad a los poderes constituidos ni generaban derechos de ninguna clase para los diferentes grupos étnicos.

La segunda contribución de las investigaciones recientes sobre el nacionalismo se relaciona con la *artificialidad* del fenómeno. Las naciones no son entidades naturales, no sólo por el hecho de que su surgimiento es reciente sino también porque se han creado con fines políticos. Han sido «inventadas», según el término acuñado por Eric Hobsbawm hacia 1980, e inventadas precisamente por los nacionalistas, con objetivos políticos. Es decir, los sentimientos nacionales no surgen espontáneamente, sino que son *enseñados* por gobiernos o grupos sociales que tienen interés en ello. Lo cual socava la presunción de que las naciones han precedido a los Estados. Por el contrario, hoy creemos que los Estados precedieron a las naciones, e incluso que su existencia es un prerrequisito para el surgimiento de los nacionalismos.

Incluso los Estados pre-existentes a

la era nacionalista, como las monarquías europeas procedentes de finales de la Edad Media, sufrieron procesos de «eticización» a lo largo del siglo XIX. Historiadores como Eugen Weber, Theodore Zeldin, Sidney Tarrow o Charles Tilly han estudiado el caso francés, sin duda el de mayor éxito en un proceso de este tipo, donde la construcción e implantación de un fuerte sentido de identidad común fue una política constante a partir de la tradición jacobina, impuesta principalmente a través del sistema escolar y el servicio militar. También en Inglaterra, según Eric Hobsbawm o Ralph Samuel, o en Alemania, como ha estudiado Georges Mosse, las tradiciones nacionales se «inventaron» a partir de finales del siglo XVIII y, sobre todo, durante el XIX. En toda Europa surgieron banderas nacionales, fiestas y ceremonias patrióticas, monumentos; se crearon museos y academias «nacionales», bibliotecas, revistas, centros de investigación, lugares sacros donde se veneraba la cultura «nacional»... La nación se hizo «visible» para sus ciudadanos, incluso en Estados que existían desde hacía siglos, a lo largo del XIX. A la vez, por medio de la educación generalizada, en muchos casos estatal, se terminó con el analfabetismo; se expandieron también los derechos políticos y los servicios públicos, pero se erradicaron a la vez dialectos y costumbres locales que habían resistido el paso de los siglos.

La mayoría de los Estados siguieron este modelo. Pero no todos lo hicieron con la misma eficacia que Francia, Inglaterra, Italia o Alemania. El imperio de los Habsburgo, el otomano, el zarista, los Estados papales o la república veneciana, algunos de ellos actores de primera fila en la política europea durante más de un milenio, no pudieron «nacionalizar» su estructura política y desaparecieron.

Y de aquí el interés del caso español. España es un caso de construcción estatal temprana combinada con una «nacionalización» o integración político-cultural incompleta (J. Linz). Los pro-

blemas políticos y económicos del XIX estuvieron sin duda entre las causas de aquella escasa nacionalización, y ese ha sido el legado heredado por el siglo XX.

### *De Hispania a España. Identidades ibéricas en la Antigüedad y Edad Media*

La «Hispania» antigua o medieval es muy distinta de lo que hoy entendemos por «España». «España» era una palabra de contenido meramente geográfico: se hablaba de ir a España o salir de ella, o de que España era grande o calurosa; hasta muy tarde la palabra no hizo referencia a una unidad política, ni a un grupo humano (los españoles) dotado de rasgos psicológicos y valores culturales comunes. Incluso desde el punto de vista geográfico, el término «España» significaba algo distinto a lo actual, pues incluía, hasta hace relativamente poco, a Portugal.

Constatamos también que esta «España» geográfica, que equivalía a la Península Ibérica, estuvo durante milenios colocada en la periferia de los grandes centros culturales mundiales (India, China, Egipto, Persia; más tarde, Grecia, Roma). No hay testimonio de ningún persa, ni egipcio, ni mucho menos de un indio o chino, que visitara la Península u oyera hablar de ella. Incluso las primeras civilizaciones europeas aparecen también muy lejos de España, justamente en el otro extremo del Mediterráneo. De ahí que para fenicios o griegos, Iberia fuera, sobre todo, una referencia mitológica, tierra lejana y prodigiosa, umbral de la Atlántida naufragada en medio del océano, hito terminal del mundo. Hasta ella se suponía que había llegado Hércules, en el curso de sus célebres «trabajos», y en ella se erigió su templo de enormes columnas. En términos prácticos, la Península comenzó a atraer por sus minas, especialmente de plata, y de ahí que se establecieran las colonias fenicias y griegas.

Sólo con los romanos, y en cierto modo por azar (en el curso de la segunda Guerra Púnica), Iberia, rebautizada como Hispania, se incorporó a una de las grandes civilizaciones humanas. Y con las legiones llegaron testimonios directos, menos fantasiosos, sobre el territorio y los habitantes de la península ibérica. Estrabón, por ejemplo, la describe en su *Geografía* como morada poco agradable, porque en su mayor parte es rocosa, selvática o con llanuras de tierra muy delgada o ligera, y sin riego. Para Pomponio Mela o Justino, en cambio, no había región comparable en Europa por la riqueza del suelo, la abundancia de metales y la dulzura del clima.

Tras medio milenio de dominio romano, durante el que no parece haberse generado una conciencia de identidad cultural o política hispana diferente a las demás provincias del imperio, en los siglos V y VI surgen, en las historias particulares de pueblos invasores, las primeras expresiones de identidad y orgullo específicamente «hispanos», obra de obispos como Orosio, Hidacio o San Isidoro. Este último, en su *Historia Gothorum*, dentro de sus *Etimologías*, incluye una influyente loa a España, en la que conecta los hechos bélicos gloriosos de un grupo humano, los godos, con la belleza incomparable de un territorio, Hispania. Más tarde, bajo el dominio musulmán, se verá en el reino visigodo una era en que «España» fue independiente y católica, situación que se supone los reinos cristianos del norte pretenden restaurar en su lucha contra los musulmanes. Tras esta idealización de la situación goda, pese a su breve duración (el reino godo unificado, dominador de la Península y reconciliado con la Iglesia católica, sólo se extiende entre Recaredo, a fines del siglo VI, y comienzos del VIII; poco más de cien años) y sus relativamente escasos restos culturales (en comparación con los musulmanes, por ejemplo), se detectan los intereses políticos de la Iglesia católica, que a partir de Recaredo disfrutó de una influencia política hasta entonces des-

conocida. El mito goticista será también pilar fundamental de la versión nacionalista del pasado en épocas contemporáneas.

En los dominios musulmanes también surge una importante asimilación de la identidad política a un espacio «natural» o geográfico, que es la península ibérica, a la que se llama *al-Andalus*, con enorme importancia simbólica para el Islam. El esplendor de la civilización Omeya en Córdoba es indiscutible. No sólo los musulmanes, sino el embajador de Otón I a Abderramán III le llama «rey de al-Andalus, tierra a la que los antiguos llamaron Hispania». Los núcleos cristianos del norte son llamados, por los musulmanes, «Galicia» —tierra de los galos— y a sus habitantes se les llama «francos».

Para el resto de la cristiandad, la Hispania invadida por los musulmanes pasa a ser, de nuevo, un territorio marginal, desconocido y peligroso. En él se sitúan las aventuras fabulosas de Carlomagno en la más importante «chanson de geste» francesa; en la cual, por cierto, se confunden Zaragoza y Siracusa, muy lejos ambas, en tierras de infieles. La península ibérica retoma así a la excentricidad, tras el medio milenio de inserción en la civilización romana.

Entre los reinos cristianos del norte de la Península, aparte de la legitimación política derivada de su supuesta continuidad con el reino de los godos, se recurre también a la legitimación religiosa, alrededor de acontecimientos milagrosos, que prueban el favor divino. Uno de ellos es la batalla de Covadonga, legendaria derrota de un ejército infinitamente superior gracias a la protección de la Virgen; pero más importante es la aparición de la tumba de Santiago y las sucesivas intervenciones de este apóstol convertido en guerrero anti-musulmán. La leyenda de la tumba de Santiago surge muy tarde, ya en el siglo IX, y no es aceptada por el resto de la cristiandad sino a finales del XI o comienzos del XII, en circunstancias políticas muy especiales. Por un lado, tenía como objeto el reforzamiento de

la lucha conjunta de los cristianos contra el Islam, puesta en práctica en Europa con las cruzadas, versión cristiana de la *yihad* islámica. Pero también fue parte de la pugna entre la orden de Cluny y el papado, reflejo, a su vez, de la establecida entre la monarquía francesa y el imperio. El lanzamiento de la peregrinación a Santiago se hizo desde París (iglesia y calle de Saint-Jacques) y la ruta era «el camino francés», como franceses eran los grandes monasterios cluniacenses en el norte de España que jalonaban el camino. Santiago, en definitiva, fue un éxito y Compostela se convirtió en gran lugar de peregrinaje en la Edad Media, junto con Roma y Jerusalén.

El nuevo Santiago mitificado pasa de ser pescador galileo a guerrero antimusulmán. El santo adquiere una dimensión sobre todo bélica, como anti-Mahoma de la «guerra santa» cristiana. Pero lo importante para esta historia es que Santiago será el «patrón de España», la representación viva de España. La Orden de Santiago, con enormes dotaciones de tierras, es la versión nacional de la del Temple. Y el grito de guerra que representa a la vez la unión entre los españoles es «Santiago y cierra España». Con la rendición de Granada, la función combativa de Santiago parece concluida, pero enseguida reaparece como mito importante durante la conquista de América. Entre los siglos XVI y XIX el apóstol aparece más de una docena de veces, siempre sobre su caballo blanco. Especial fuerza tuvo con ocasión de la guerra anti-napoleónica, donde reapareció como mito anti-francés lo que en su origen había sido invención francesa. Todavía en 1936 sería invocado como «Santo de la Cruzada».

### *Renacimiento, protestantismo y monarquías absolutas*

Recordemos la teoría de Benedict Anderson en torno a la conexión entre los nacionalismos y el doble fenómeno

del siglo XVI: la invención de la imprenta, casi a la vez en que se inicia la Reforma Protestante. La imprenta favoreció los libelos y la pugna ideológica, pero a la vez creó zonas unificadas, con un mismo texto sagrado, leído por miles de familias en idéntica versión. De ahí el origen de las culturas y los estereotipos nacionales, cuyo reflejo se encuentra en Erasmo o Bodino. Las guerras de religión fueron internas, civiles, pero se presentaron como enfrentamiento contra entes colectivos externos, enemigos de «nuestra forma de ser». Con ellas coincidió la supremacía europea de la nueva monarquía reunida por los Reyes Católicos y heredada por los Habsburgo. Factores, en parte casuales y en parte de ingeniería política, explican esa supremacía, verdaderamente inesperada por parte de una potencia hasta entonces marginal, sin experiencia en política internacional. En todo caso, alrededor de aquellos sorprendentes éxitos diplomáticos y militares se fue formando un halo carismático, no sólo a favor de la dinastía sino también de esos «españoles», que acumulan triunfos sobre sus enemigos exteriores y que, por otra parte, viven un período de gran creatividad cultural, expresado sobre todo por la literatura en castellano y la pintura del llamado Siglo de Oro.

En el interior, el fenómeno más interesante fue la limpieza étnica, interpretada en estas conferencias como un esfuerzo por superar la excentricidad. Lo que había sido territorio de frontera en la Edad Media, sospechoso para los visitantes europeos por su mezcla de razas y culturas, intenta incorporarse plenamente a la cristiandad. Y para ello no sólo se expulsa u obliga a la conversión a judíos y moriscos, sino que se margina luego a los convertidos, por medio de los llamados «estatutos de limpieza de sangre». Tras un largo período de tensiones, hacia 1600 se ha logrado la integración completa de la sociedad española. Se ha creado una identidad, a partir de criterios étnicos (ser «cristiano viejo»), basada, en términos prácticos,

en la lealtad a una institución (la Iglesia católica). Contra la tesis de Anderson, en el caso español no son las Biblias ni la imprenta las que ejercen la función creadora de identidad, pero sí lo es el catolicismo contrarreformista.

Esta identificación con la reacción antiluterana también da lugar al estereotipo negativo que se crea alrededor de esa potencia hegemónica que defiende el catolicismo papal de manera tan drástica. Por motivos diferentes en Italia, Inglaterra, Holanda, entre los protestantes o los judíos, surge la llamada «Leyenda Negra» o *anti-española*. En buena medida, los recelos que la inspiran son interesados y están basados en prejuicios, como el que identifica a lo «español» con lo «oriental» (paradigma de la crueldad más refinada, de la depravación moral). Pero el estereotipo es eficaz. Hacia 1650, para el resto del mundo «España» es la Inquisición, el fanatismo, la brutalidad, y sus personajes representativos son el Felipe II asesino de sus esposas e hijo, los temibles tercios de Flandes, el fraile inquisidor, el conquistador genocida de indios, el noble engreído e inútil...

La imagen es fuerte, tanto en el interior como en el exterior, y en ambos —de forma positiva en el primero y negativa en el segundo— gira en torno a la monarquía y el catolicismo. Ello generará problemas para el futuro, debido, sobre todo, a la necesidad que tendrán los liberales de rehacerla para ponerla al servicio de su proyecto modernizador; lo cual les convertirá en fácil blanco de los ataques de los sectores conservadores por «antipatriotas».

Otros problemas menores, derivados de la forma en que se ha ido fraguando esta identidad española anterior a la era de las naciones, son la confusión entre la exaltación de la monarquía y la del conjunto étnico; el hecho de que «España» no fuera un reino, sino una monarquía, es decir, un conjunto de reinos y señoríos con diferentes leyes, contribuciones e incluso monedas; y la ausencia de alternativas a la monarquía (como pudieron ser la nobleza o las ins-

tituciones representativas de los reinos) que tomaran sobre sí la tarea de construir la identidad colectiva.

### *El reformismo borbónico y la llamada «Guerra de la Independencia»*

Con la sustitución de la dinastía Habsburgo por los Borbones, e inspirados por el deseo de rectificar el curso decadente de la era anterior, los gobernantes del siglo XVIII imponen un giro político bastante radical, tomando como modelo la Francia de Luis XIV. La identidad misma de la unidad política sufre una reorientación sutil, pasando paulatinamente de ser «monarquía hispánica» a «reino de España». Al aceptarse además la independencia portuguesa y la pérdida de los territorios flamencos e italianos, el territorio de la monarquía se identifica cada vez más con lo que hoy llamamos España.

En este esfuerzo por detener la decadencia del período anterior, se produce un reforzamiento del Estado, y en especial de su ejército y de su armada, necesarios para asegurarse el control del mercado americano. Se tiende también a la centralización del poder y a la homogeneización jurídica y política del territorio, que se instrumenta con los Decretos de Nueva Planta y la creación de cargos e instituciones nuevas. Se fomentan, en tercer lugar, las «luces», con objeto de modernizar la sociedad y hacer que crezca la economía y, con ella, los recursos del Estado. Aparece, por último, y es el aspecto que aquí más interesa, la intención explícita de construir una identidad cultural colectiva ligada al Estado, y que por tanto podemos llamar ya pre-nacional.

Hay, por ejemplo, en el XVIII un avance en la construcción de símbolos nacionales: Carlos III decreta en 1785 que la «bandera nacional» sea roja-amarilla-roja para la marina de guerra, sustituyendo así a las enseñas particulares (y sin referencia alguna, por expreso deseo real, al color blanco, ni a la

flor de lis, símbolos de la casa real). También en su época surge la «Marcha de Granaderos», que mucho después será himno nacional. Son sólo embriones del futuro proceso de nacionalización. No se puede olvidar que el propio Carlos III decreta en 1760 que la Inmaculada Concepción sea la patrona de España; y que cuando emprende el embellecimiento de la corte coloca en el Prado estatuas de dioses mitológicos clásicos, como Cibeles o Neptuno, igual que Luis XIV había hecho en Versalles, monumentos que de ningún modo cantan las glorias de la nación. Toda otra serie de aspectos de la política borbónica permite igualmente interpretaciones ambiguas, oscilando entre expresar una naciente conciencia nacional o ser mera exaltación de la corona. El mismo desarrollo y embellecimiento de Madrid ¿se debe a que es la *capital* del Estado-nación o a que se trata de la *corte*, la sede del rey?

El ejemplo más citado, y sin duda más elocuente, del surgimiento de una cultura vinculada al Estado es la *creación de academias*. Las academias, de todos modos, no son «nacionales», sino «reales»; o sea, vinculadas a la monarquía, no a la nación (cien años después, la Biblioteca será «nacional», no «real»). Pero sus objetivos van más allá de la mera exaltación del rey. Los intentos nacionalizadores de la cultura, por otra parte, no se limitan a las academias. Felipe V instituye, por ejemplo, cátedras de Derecho Español, «pues es por éste, y no por el romano, por el que los jueces futuros deben instruir y decidir los procesos legales». Tampoco debe dejar de mencionarse el establecimiento de premios e incentivos oficiales para defender la cultura española frente a ataques extranjeros.

En los círculos intelectuales (gentes de letras y de toga, clérigos, eruditos, militares, profesionales liberales, artistas) se va plasmando en el XVIII una conciencia de identidad que tiene evidente contenido nacional. Los intelectuales que colaboran en la tarea reformista de los ilustrados proclaman ser

«patriotas». «Patriotismo» es un término muy de la época. Y no se refiere ya al que ha nacido en un mismo lugar (compatriota), ni tampoco al que es fiel súbdito del príncipe, sino al que cumple su deber de ser útil y «benéfico» al grupo humano al que pertenece. Campomanes dice que escribe para cumplir sus obligaciones de magistrado y patriota; Jovellanos, Meléndez, Moratín (algunos futuros afrancesados) insisten en su vinculación con «el nombre santo del patriotismo». Y ésta es una tarea en la que colaboran por igual andaluces, extremeños, catalanes, madrileños o vizcaínos (Cadalso, Forner, Capmany, Meléndez Valdés, Quintana, Zamácola...). Especialmente relevante fue el papel de los jesuitas catalanes expulsos como Masdeu o Lampillas, que insistieron en reivindicar la cultura española frente a la mala imagen que vieron extendida en la Italia que les recibió.

Los dos terrenos principales en que élites construyen la identidad nacional son la literatura y la historia. Las historias del siglo XVIII no incluyen ya los elementos agresivos, mesiánicos, imperiales, que se encontraban en los ideólogos del XVI y comienzos del XVII. Los objetivos son ahora más modestos, pero con claros ingredientes pre-nacionalistas: se trata de conocer los «orígenes de la nación», de probar el «valor español» o su amor a la independencia frente a Roma, de exaltar los héroes patrios (Cadalso, Quintana, Moratín), de propagar el uso exclusivo de la lengua castellana (Foronda) o de defender la centralización y uniformidad administrativa en todo el reino (Olavide, Jovellanos), de demostrar que las Provincias Vascongadas nunca fueron independientes (Llorente), de contraatacar frente a la «leyenda negra» extranjera (sin demasiada crispación todavía, confiados en la recuperación política bajo los Borbones)...

Pero este nacionalismo de los ilustrados se encuentra con dificultades. La mayor de ellas es la de engarzar la modernización que buscan los reformistas borbónicos con las tradiciones hereda-

das. Más bien, para lograr sus objetivos se veían obligados a rectificar o eliminar éstas, como culpables de la decadencia anterior. Si la «invención de la tradición» fuera tan fácil como dan a entender algunos teóricos actuales, los ilustrados hubieran triunfado, porque tenían todos los medios en sus manos (el principal de ellos, en época de absolutismo, el apoyo real). Pero las identidades culturales previas eran fuertes, y los círculos conservadores no dejaron de usarlas para acusar a los reformistas.

Esta contradicción básica en que se apoyaban los ilustrados se pondrá de manifiesto con las respuestas a Montesquieu, o al viaje del Marqués de Langle, y sobre todo con la polémica por el artículo «Espagne», de Masson de Morvilliers, aparecido en la *Encyclopédie Méthodique*, en 1783. En este último se despreciaba la aportación de Es-

paña a la cultura europea y se presentaba el vacío cultural del país como producto de la intolerancia y el fanatismo inquisitorial. Los reformistas españoles estaban, por un lado, de acuerdo con los presupuestos del autor, que no eran sino los generales del público ilustrado; pero no podían consentir el desprecio a la «nación» con la que se identificaban. De aquí el escándalo, la entrega del libro a la Inquisición, la convocatoria de premios para rebatir el contenido del artículo y, sobre todo, la polémica posterior sobre el texto premiado, redactado por Juan Pablo Forner, que resultó ser una apasionada defensa de las tradiciones heredadas. El periódico *El Censor* se desligó entonces de las posiciones de Forner y siguió una polémica que prefigura algunos de los problemas de las élites liberales o progresistas del siglo siguiente. □

*Desde el 2 de abril, conferencias de Paloma Díaz-Mas*

## «Los sefardíes: una cultura del exilio»

**Del 2 al 25 de abril, se celebra en la Fundación Juan March una nueva «Aula abierta» titulada «Los sefardíes: una cultura del exilio», que imparte Paloma Díaz-Mas, científico titular en el departamento de Literatura del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid.**

Los títulos de las ocho conferencias públicas, que se celebran a las 19,30 horas, son los siguientes:

*Martes 2 de abril:* «La formación del mundo sefardí»

*Jueves 4 de abril:* «La literatura sefardí a través de la Historia»

*Martes 9 de abril:* «El mundo sefardí, amalgama de culturas»

*Jueves 11 de abril:* «Letra y voz en la poesía oral sefardí»

*Martes 16 de abril:* «Oriente y occidente en la cultura sefardí»

*Jueves 18 de abril:* «Encuentros y desencuentros entre los sefardíes y España»

*Martes 23 de abril:* «La imagen de los sefardíes en la España actual»

*Jueves 25 de abril:* «Presente y futuro del mundo sefardí»

**Paloma Díaz-Mas** ha sido catedrática de Literatura Española y Sefardí en la Universidad del País Vasco y actualmente es científico titular en el departamento de Literatura del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de Madrid. Es autora de novelas, entre ellas *El sueño de Venecia*, (Premio Herralde 1992) y *La tierra fértil* (Premio Euskadi y finalista del Premio de la Crítica 1999), y de otros libros de ficción.

*José Álvarez Junco*

## «La formación de la identidad española» (y II)

Del 20 de noviembre al 11 de diciembre del pasado año, José Álvarez Junco, catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense, de Madrid, impartió en la Fundación Juan March un «Aula abierta» sobre «La formación de la identidad española». El «Aula abierta» consta de ocho conferencias públicas. En el anterior *Boletín Informativo* se incluyó un resumen de las cuatro primeras conferencias; a continuación se ofrece un resumen de las otras cuatro, que llevaban por título: «El siglo XIX. Nacionalización de la cultura y problemas políticos»; «El 98 'Desastre' y 'Regeneración'»; «El siglo XX. La Guerra Civil como conflicto entre dos visiones de la nación»; y «Último franquismo y transición. Perspectivas actuales».

José Álvarez Junco es, desde 1983, catedrático en el departamento de Historia del Pensamiento y los Movimientos Políticos y Sociales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, de la Universidad Complutense de Madrid. Entre sus libros más recientes figuran *El «Emperador del Paralelo». Alejandro Lerroux y la demagogia populista* (1990); *Spanish History since 1808* (co-editado con Adrian Schubert (1999)); y *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX* (2001).

*El siglo XIX.  
Nacionalización de la  
cultura y problemas  
políticos*

El siglo XIX comenzó de una forma que puede considerarse positiva desde el punto de vista de la construcción nacional: una guerra que, cualquiera que fuera su complejidad profunda, quedó registrada en la memoria como un movimiento popular, espontáneo y unánime contra un invasor extranjero. El principal rasgo político-cultural de las décadas que se deslizaron a continuación consistió en una reformulación de la cultura en términos nacionales, de forma muy semejante a lo que se estaba haciendo en otros países europeos. Esta tarea corrió a cargo de las élites intelectuales y se aplicó a los más diversos terrenos de la cultura: la historia, en primer lugar, pero también la literatura, la pintura, la música,



la arqueología, la antropología, la arquitectura, incluso el mobiliario doméstico, se reorientaron guiados por una búsqueda y un reforzamiento de la identidad «española».

Mientras tal cosa ocurría en el interior, cambiaba, con el romanticismo, la imagen extranjera. Frente a la agresividad del mundo protestante en tiempos de la «Leyenda Negra», y frente a los desprecios y burlas de los ilustrados hacia el país «decadente» y ridículo, los viajeros ingleses o franceses del XIX valoraron positivamente a España. No es que cambie sustancialmente la imagen: siguen viendo en España a un país atrasado, uno de los más atrasados de Europa, pero la nueva sensibilidad romántica valora el atraso, considerado fidelidad a la propia identidad; nadie niega que la intolerancia religiosa sigue reinando en España, pero no se deja de expresar ad-

miración ante la profundidad y sinceridad de creencias que tal intolerancia encierra. Un rápido repaso a los textos de lord Byron, Victor Hugo, Gautier o Mérimée, o una ojeada a los grabados de Gustavo Doré, permiten constatar la imagen oriental y arcaizante de España (alrededor del flamenco, el taurinismo, las procesiones, las ejecuciones por garrote vil, el alhambrismo) en la que se complacen los románticos.

Aparentemente, pues, en el exterior España disfruta de una imagen muy «fuerte», y tampoco faltan, en el interior, las creaciones culturales del más diverso signo que describen al país como «nación». Nadie, ni fuera ni dentro, duda hacia 1850 de que existe una «forma de ser» española, un carácter que figura entre los cinco o seis más marcados de Europa. Y, sin embargo, el siglo XX recibió del XIX una identidad nacional problemática. ¿Cuáles pudieron ser los motivos?

El primer problema fue, sin duda, la debilidad política y económica del Estado. Política, porque es un Estado en perpetuo cambio (de absolutismo a liberalismo, de monarquía a república; dentro de la monarquía, de una dinastía a otra, y, dentro de la república, de unitaria a federal) y, por tanto, con una legitimidad constantemente cuestionada. Cualquiera que fuera la situación, siempre había una parte importante de la opinión que no se sentía representada por quienes ocupaban el poder.

A ello se añaden los problemas financieros del Estado. Cargado con una deuda pública que venía de las guerras de finales del XVIII y se había agravado con los conflictos napoleónico y carlista, la mayor preocupación de cualquier ministro de Hacienda a lo largo del siglo fue cómo pagar los intereses de esa deuda para el año siguiente. En tal situación, era imposible crear servicios públicos, carreteras, hospitales, escuelas. Era imposible moldear realmente la vida social. La enseñanza, terreno crucial para la nacionalización de la sociedad, se abandonó en manos de la Iglesia, en parte por carencia de recur-

sos estatales, pero en parte también porque los gobernantes conservadores pensaban que la religión seguía siendo el lazo social esencial.

Tras tantos desastres políticos internos y tanta ausencia de protagonismo internacional, es lógico que se generara una imagen muy negativa de la propia identidad colectiva. Los grabados de la prensa satírica del XIX son muy elocuentes: España aparece constantemente con figura de madre crucificada o enferma de muerte, desesperada ante las perpetuas peleas de sus hijos o desagrada por políticos sin escrúpulos. La acompaña un león, como era clásico, pero ahora cabizbajo y exangüe. No es una imagen triunfal, como las que se elaboran en la Francia o Inglaterra del momento. Más bien se inserta en el imaginario católico y recuerda a una Virgen Dolorosa, abrumada por la muerte de su Hijo. Mucho antes de que la guerra cubana se iniciara, se prepara así el ambiente para el «Desastre» del 98.

### *El 98. «Desastre» y «Regeneración»*

La guerra hispano-norteamericana de 1898 es la culminación de un siglo sin guerras. Porque, pese a la decadencia de los últimos Habsburgo, la monarquía española había seguido siendo una potencia europea de considerable importancia, como prueba su participación en todas las contiendas del XVIII. Pero a partir del final del ciclo napoleónico deja radicalmente de participar en ellas. Desde Fernando VII, se convierte en una potencia irrelevante en el complicado y competitivo tablero europeo del XIX.

Un problema que se plantea en esta conferencia, antes de abordar el período histórico pertinente, es la posible finalidad a la que puede servir un proceso nacionalizador. Los nacionalismos pueden servir para múltiples objetivos políticos: la modernización de la sociedad o, por el contrario, la preservación de tradiciones heredadas frente a la moder-

nidad; el fortalecimiento del Estado, por medio de su expansión frente a Estados vecinos o rivales, o por la asunción de áreas y competencias que previamente le eran ajenas; la formación de unidades políticas más amplias o, al revés, la fragmentación de imperios multiétnicos en unidades más pequeñas que se independizan...

En el caso español, los objetivos de un hipotético proceso nacionalizador en el siglo XIX no están bien definidos. Durante sus primeros treinta años, la potenciación de la identidad nacional fue obra de los liberales revolucionarios, pero el suyo era un proyecto político minoritario, que se enfrentó con graves obstáculos y que hacia las décadas centrales del siglo se encontraba empantanado. Algo semejante ocurrió en otras sociedades europeas, y el acuerdo entre los sectores liberales (capas intelectuales y profesionales y burguesía comercial e industrial) con las antiguas oligarquías o restos nobiliarios no fue, en absoluto, un fenómeno exclusivo de España. Pero, hacia el fin de siglo, en esos otros países se había encontrado un objetivo que acompañaba o sustituía a la revolución liberal como pretexto o acicate para el impulso nacionalizador: la expansión imperial. Y tampoco la construcción de un imperio era un proyecto posible en España, dada la debilidad internacional del país en aquel período. Al revés que el resto de las potencias europeas, la vieja monarquía española había iniciado el siglo perdiendo la inmensa mayoría de su imperio americano y lo concluiría con la liquidación de los restos que aún permanecían en sus manos. Tampoco funcionó como objetivo la Unión Ibérica, pese a ser un ideal acariciado durante largo tiempo por círculos minoritarios, tanto en España como en Portugal. Ni se podía pensar en movilizar al país alrededor de la reclamación de un territorio irredento, como Gibraltar, dada la supremacía mundial de los ingleses en el momento.

Ante la expansión europea, por tanto, el Estado español mantuvo una acti-

tud pasiva, de «recogimiento», según expresión de Cánovas. Lo que se enseñaba, en definitiva, a los niños españoles hacia la segunda mitad del XIX para fomentar su orgullo nacional eran glorias pretéritas, aparentemente renovadas hacía poco con la guerra contra Napoleón. Pero la nueva guerra, la de Cuba, dejó al descubierto la vacuidad de aquellas glorias. Frente a la nueva guerra se desplegó una retórica completamente disparatada (un pueblo de advenedizos, los yanquis, desconocedores de nuestras gestas históricas, se atreve a retar al invencible pueblo español, etc.). Y el desarrollo del conflicto fue humillante: en dos breves batallas navales, mero ejercicio de tiro al blanco por parte de los buques norteamericanos, fueron hundidas las dos escuadras españolas de las Filipinas y de Cuba. Las caricaturas políticas de uno y otro lado, tanto sobre sí mismos como sobre el adversario, ilustran bien la importancia de los estereotipos políticos en estas circunstancias bélicas.

Terminada la guerra, las mentes pensantes españolas se entregaron a un ejercicio de autoflagelación colectiva. El «Desastre» generó una enorme literatura sobre el llamado «problema español». Pero, a la vez, se observó una considerable pasividad popular, lo que fue interpretado en aquel momento como un síntoma más de la «degeneración de la raza». Hoy podemos intuir que fue el resultado lógico de aquel siglo XIX en el que no se había «nacionalizado a las masas» por medio de escuelas, ni fiestas, ni símbolos nacionales (bandera aceptada por todos e himno cantable, monumentos, nombres de calles)...

La desmesurada reacción de las élites, convirtiendo en colectivo y racial lo que no era sino un fracaso del Estado, se entiende también por las circunstancias. Por un lado, por el proceso nacionalizador, que a ellos sí les había afectado (y que hizo que la sensación de crisis fuera muy superior a la de 1810-25, cuando no vieron en la pérdida del imperio sino un golpe recibido por el mo-

narca). Por otro, entre los intelectuales de mayor entidad, porque esta crisis nacional coincidió con la crisis del racionalismo progresista que había dominado todo el XIX. De ahí los disparatados planteamientos (de Ganivet, por ejemplo: el problema de España es el de la Inmaculada Concepción) y las soluciones políticas arbitristas, autoritarias y melodramáticas que se proponen.

En definitiva, pese a que apelaran tanto a la modernización o europeización de España, ni siquiera eran unos intelectuales en contacto con el mundo moderno, salvo en terrenos estéticos. No conocían el mundo industrial, sino que procedían de clases medias provincianas, básicamente de rentas agrarias, y no sentían afición por la economía ni por el mundo científico o técnico. Sus mayores creaciones fueron literarias, gracias a la fusión de la crisis nacional con su crisis de conciencia individual. Unamuno, Baroja, Maeztu, y no el duque de Rivas, Larra o Martínez de la Rosa, fueron los verdaderos románticos en la historia del pensamiento y la literatura españoles.

### *El siglo XX. La Guerra Civil como conflicto entre dos visiones de la nación*

La reacción posterior a 1898 fue muy complicada, pero decisiva para la España del siglo XX. La derrota cubana suscitó una crisis gravísima, no de tipo económico, ni político inmediato, pero sí de conciencia. Todas las fuerzas políticas, y el conjunto de la opinión, se convencieron de que eran inevitables profundas reformas para «regenerar» al país (aunque el significado del término fuera completamente diferente para los diversos partidos o sectores).

Tras unos años de desconcierto, aquellas propuestas complicadas, críticas y contradictorias de la generación del 98 se van viendo sustituidas por un «casticismo» más sencillo y optimista. Son los años de Salaverría o Marquina. Es la nueva fase de la guerra de África,

a partir de 1920, en la que se hacen populares «Banderita, tú eres roja» o «Soldadito español». Es el festival españolista bajo Primo de Rivera, con los cuadros históricos de 1850-1890 impresos en los sellos de correos, en insignias para la solapa, en cubiertas de turrones... La nación, y no el rey, se convierte en el símbolo de la unión y de la legitimidad para la Dictadura de 1923-1930.

Esta reacción nacionalizadora es excesivamente tardía y se encuentra con dos tipos de problemas. El primero es que las élites modernizadoras se ven ya atraídas por otro tipo de ideales, ajenos al esfuerzo nacionalizador español. Por un lado ha surgido con gran fuerza el mito de la revolución social, la construcción de una sociedad justa e igualitaria por medio de la colectivización de bienes; y los intelectuales y las élites descontentas tienden a sentirse atraídas por el socialismo, o incluso el anarquismo, y a partir de 1917 por el comunismo. Por otro lado, desde el comienzo de siglo van ganando fuerza los nacionalismos alternativos al español, y en especial el catalanismo ejerce gran atractivo sobre las élites culturales barcelonesas.

El segundo tipo de problemas es que la participación del Estado en la tarea nacionalizadora sigue todavía siendo escasa. El propio rey inaugura, como monumento principal de su reinado, el Sagrado Corazón del Cerro de los Ángeles. Y España se abstiene de intervenir en el acontecimiento europeo más importante del primer tercio de siglo: la I Guerra Mundial. Lo cual ahorra millones de vidas y es enormemente beneficioso para la economía, pero hay intelectuales y políticos—desde Unamuno a Azaña, pasando por Lerroux—que son partidarios de intervenir porque ven en ella la única vía para la nacionalización de la sociedad, tarea que consideran imprescindible para afianzar el Estado y modernizar el país.

Sin embargo, y pese a no participar en aventuras bélicas, la obsesión por la «regeneración» de España hace que to-

do el primer tercio del siglo XX sea una época de muy fuertes cambios modernizadores. Diferentes partidos y regímenes, desde el conservador Maura al anticlerical Canalejas, y desde la monarquía parlamentaria hasta la dictadura de Primo, coinciden en construir carreteras, pantanos, escuelas. Quizá nada simbolice la transformación del país como su intensa urbanización. Millones de campesinos abandonan el mundo rural y se integran en una España urbana que se duplica entre 1900 y 1930, y en la que emerge una cultura laica, moderna, emancipada de clérigos y caciques. Ello, más que una opresión o una miseria insoportables, es lo que explica los resultados electorales de abril de 1931 y las tensiones políticas de la década que entonces se inicia.

Con la II República, parece haber triunfado al fin el proyecto modernizador y el nacionalismo laico y liberal, heredado del siglo XIX. Considerando la pedagogía clave de la transformación, el régimen hace un esfuerzo especial en la creación de escuelas y la formación de maestros. Sus gobernantes están motivados sin duda por un impulso patriótico, ya que desean la transformación del país para ponerlo en condiciones de competir con sus vecinos europeos. Pero resurge el clásico problema de las élites modernizadoras españolas: que se ven obligadas a imponer cambios que atentan contra sentimientos y tradiciones seculares, como es el catolicismo. Por otra parte, con evidente falta de habilidad y de respeto hacia la cultura anterior, los nuevos dirigentes cambian la bandera, el himno, la fiesta nacional. Todo lo hacen partidista, no integrador.

Y frente a la República se moviliza una oposición que adopta como consigna movilizadora la defensa de las tradiciones y creencias, en especial religiosas. La Guerra Civil de 1936-1939, en la que culmina aquel intento de cambio político, fue, entre otras cosas, un conflicto entre las dos versiones de la nación que venían del XIX: la liberal, laica y progresista, y la católico-conservadora. Fue un conflicto completísimo, en

el que hubo aspectos internacionales (tropas y armamento proporcionados por Hitler y Mussolini, por un lado, y por Stalin, por otro), aspectos sociales (lucha de clases), culturales (la España laica contra la católica), diversas concepciones de la estructura estatal (tensiones centro-periferia), enfrentamiento entre la España urbana y la rural... Pero todo se simplificó en términos nacionalistas: España contra sus enemigos exteriores. Y esta simplificación fue obra de ambos bandos: tanto Franco como la República invocaron la Guerra de la Independencia o Numancia y Sagunto como precedentes de su lucha. Ambos pretendían repeler una «invasión extranjera». Pero, obviamente, quienes acabaron ganando esta batalla propagandística, y apropiándose del adjetivo «nacional», fueron los franquistas.

Durante la Guerra, y en especial a partir de su finalización, se inició, por fin, una intensísima etapa de nacionalización de masas. La España autárquica de los años cuarenta se ve sometida a un verdadero diluvio propagandístico en términos patrióticos: fiestas nacionales, monumentos (cruces de los caídos), desfiles, himnos, campamentos juveniles, películas, hasta tebeos infantiles... Pero, de nuevo, era demasiado tarde y, sobre todo, aquella campaña de nacionalización careció de capacidad —y de voluntad— integradora. En la nueva España sólo cabía, por ejemplo, lo católico. Había serias intenciones de borrar de la historia (y del presente, por medio del pelotón de fusilamiento) a todo intelectual heterodoxo, lo cual incluía a un Pérez Galdós o a la práctica totalidad de las generaciones del 98 o del 27. En segundo lugar, aquella forma de implantar una identidad nacional era demasiado brutal, impuesta por la fuerza: se humilló a catalanes católicos y conservadores con los «no hables como un perro» o «habla la lengua del imperio». En tercer lugar, toda esta mitología nacionalista se mezclaba con la propaganda del régimen; al final de la epopeya nacional, siempre aparecía Franco como redentor del país frente al bolche-

vismo y el separatismo. No hay que olvidar que un «¡Viva Franco!» era inseparable del «¡Arriba España!». Medio país, al menos, se sentía ajeno a aquel conjunto de mitos y símbolos, aunque no pudiera oponerse a ellos.

### *Último franquismo y transición. Perspectivas actuales*

A la presión nacionalizadora de tipo totalitario típica de la primera fase del régimen franquista se añadieron los límites intelectuales que, tanto sobre el régimen como sobre la oposición, levantaba el planteamiento mismo de los problemas políticos del país en términos de «carácter» o «esencia nacional». La intensidad del planteamiento nacionalista se detecta incluso en la propaganda difundida por los propios «maquis» o guerrilleros antifranquistas. En ella abundan los llamamientos a favor de la lucha por «la reconquista de España, mi patria, independiente y libre...», o los ataques contra Franco por ser agente al servicio del imperialismo germano. Sus objetivos, declaran, son «la liberación de España», o «la Patria y su bienestar»; el guerrillero se presenta como «paladín de la nueva gesta de Independencia», que desempeña «el puesto de honor en la nueva cruzada de Insurrección Nacional». «¡Español!», termina alguna de estas proclamas, «tus compatriotas te esperan. La liberación nacional de ti lo exige. [...] Se ama o no se ama a España [...] Piensa en tu Patria sojuzgada y envilecida. Piensa en España, en sus sufrimientos...»

Si esto era en el terreno de la lucha armada, en el intelectual no se quedaban atrás. Como venían haciendo desde 1898 hasta finales de los años cincuenta, poetas e intelectuales siguieron cultivando todo un género literario sobre el llamado «problema de España», que conectaba con la literatura del XVII sobre la decadencia y la del 98 sobre el «fracaso» español, a lo que se suma ahora el cainismo de la raza, demostrado por la Guerra Civil. El tema aparece

de manera casi obsesivamente en la creación literaria, con desgarrados cantos —una vez más, coincidentes entre los poetas del interior y los del exilio— a una España mítica, y casi mística, madre devoradora de sus hijos, «miserable y aun bella entre las tumbas grises...», como escribe Cernuda.

En el terreno ensayístico, la polémica más célebre fue la desarrollada en el exilio entre Américo Castro y Sánchez Albornoz. Para ambos, la pregunta fundamental seguía siendo: ¿por qué el fracaso español ante la modernidad? Y la culpa se trasladaba, como hace todo nacionalismo, hacia el exterior: no en el espacio, en este caso, sino en el tiempo. Ya desde el 98 se remontaba su origen a las guerras sertorianas o al espíritu belicoso de la Reconquista medieval. Ortega había culpado, en los años veinte, a la incapacidad visigoda de renovar y vigorizar la civilización romana por medio de un feudalismo potente, con «minorías rectoras». Frente a Ortega, Albornoz defiende a los visigodos, y no duda de que ha habido un «homo hispanus» formado desde la noche de los tiempos, anterior desde luego a la invasión romana. Américo Castro, con mayor sentido histórico, rebate la utilización del término «españoles» para referirse a iberos o visigodos. La singularidad hispánica comenzó en la Edad Media, con la convivencia de tres razas y religiones. Pero la represión de esa libertad medieval en los siglos modernos hizo que la intelectualidad española viviera en un constante «desvivirse», conflictivo y agónico. Ésta es la «morada vital» española, para Castro, en definitiva una especie de esencia nacional también, que acaba siendo la clave explicativa de todo lo ocurrido a continuación, incluidos el anarquismo, los nacionalismos periféricos o la Guerra Civil.

Tales planteamientos resultaban muy desfasados, tras la II Guerra Mundial y era curioso que en plena era atómica se discutiera con tanto ardor sobre los visigodos o los conversos entre Princeton o California y Buenos Aires. Finalmente, hacia 1959, se produjo una

reacción, tanto desde el interior de España (Maravall, Caro Baroja) como desde el exterior (Francisco Ayala). Estos intelectuales más jóvenes denunciaron la irrelevancia de estos debates alrededor de lo que calificaron de «mito de los caracteres nacionales». Frente a lo cual replicó Salvador de Madariaga, muy apegado a la visión nacionalista de la realidad, en las páginas de la *Revista de Occidente*.

Justamente cuando las discusiones sobre la esencia de España empezaban a resultar obsoletas, la obsesión por la identidad renacía bajo la forma de nacionalismos periféricos. Especial éxito tuvieron el catalanismo y el vasquismo, movimientos muy diferentes entre sí, y a cuyo origen y evolución en los últimos años del franquismo se dedicó en esta conferencia algún espacio. Pero sobre todo se analizó el desprestigio sufrido por el nacionalismo español, asociado para todo el espectro político antifranquista con la imagen de «atraso» o «excepcionalidad» política que teñía, en general, al régimen. Para las generaciones jóvenes, que comenzaban a viajar o a establecer contactos con el mundo exterior, la idea misma de España parecía una creación de la dictadura, olvidando que había existido un españolismo liberal. Esta identificación de «España» con el subdesarrollo y la brutalidad de un régimen dictatorial militar, frente a la democracia y la modernidad representadas por Europa, era especialmente fuerte en las zonas industrializadas, y más cercanas a Francia, como Cataluña o el País Vasco.

La Constitución de 1978 reconoció, por fin, la diversidad cultural de España y estableció un régimen descentralizado, cuasi-federal, basado en las «comunidades autónomas», asentando en su artículo segundo la soberanía sobre una identidad un tanto ambigua, a caballo entre una España de unidad «indisoluble» y unas «nacionalidades» en su interior cuya existencia se reconoce.

Los muchos cambios producidos en España en el casi cuarto de siglo transcurrido desde la transición no podrán

dejar de alterar el planteamiento del problema en el futuro inmediato. Para empezar, las reformas democráticas de los setenta han cimentado el sistema político sobre una legitimidad que nunca tuvo franquismo ni ninguna de las situaciones de los últimos siglos. El crecimiento económico, por otro lado, que viene de los sesenta pero ha continuado en las décadas siguientes, ha hecho sentir, por fin, a los españoles que pertenecen a una nación moderna, «normal» en Europa. La pertenencia misma a la Unión Europea y a otras instituciones u organismos supranacionales ha reforzado la legitimidad del Estado (a la vez que le ha restado competencias y disminuido así el atractivo de constituir nuevos Estados-nación, de soberanía ya no tan plena como en épocas anteriores). Los nacionalismos, por otro lado, han perdido un cierto atractivo, ligados como están ahora a la periferia europea (los Balcanes, la antigua URSS), y a fenómenos de subdesarrollo y violencia civil. El sentido de las corrientes migratorias ha cambiado, además; España es ahora un país de inmigración, y las oleadas magrebíes o latinoamericanas deberían, en el futuro, suscitar una mayor unidad de la población española anterior. El régimen de las autonomías, por último, ha tenido un considerable éxito y se ha consolidado un sistema de poder con nuevas élites regionales interesadas en mantener el *statu quo*.

En definitiva, la identidad nacional española se está redefiniendo alrededor de la lealtad al sistema constitucional y el reconocimiento de la diversidad cultural del país. Todo ello se inserta en una redefinición general de las identidades colectivas en el mundo entero, enfrentado ahora con problemas radicalmente nuevos, como la globalización cultural y económica o la «guerra de civilizaciones», ajenas ya a los planteamientos nacionalistas clásicos. Como ocurre siempre en la historia, el futuro de este proceso de formación y evolución de la identidad española está, pues, abierto. □